

SEMBLANZA DE ENRIQUE VERA

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

Numerario

Discurso pronunciado por el Director D. Félix del Valle, previa invitación para ello del Sr. Alcalde, en la Sala Capitular del Ayuntamiento de Toledo con motivo del homenaje ofrecido a D. Enrique Vera Sales el día 15 de marzo de 2000, al dedicársele, a petición de la «Tertulia de Zocodover», la calle de Alfonso XII, en la que el pintor había vivido.

SEMBLANZA DE ENRIQUE VERA

Fue en una esquina del Colegio de Doncellas. No recuerdo hacia dónde tenía orientado su caballete. Pero recuerdo muy bien que él estaba sentado en una banqueta plegable y, sumido en su trabajo, colocaba color con su pincel sobre aquel pequeño lienzo. Yo, las manos a la espalda, con mis pantalones cortos y mis tirantes –los niños de la posguerra teníamos pantalones cortos y tirantes–, permanecí absorto no sé cuánto tiempo viéndole pintar. Aquellas horas tenían muy poco valor, quizás no tuvieran valor para nadie, pero menos para mí, que sólo Dios sabría adónde encaminaría mis pasos cuando aquel encuentro.

Yo creía que el pintor no había advertido mi presencia, pues ni me había mirado, y procuraba no molestarle para que no me ahuyentara. ¿Cuánto tiempo duró aquello? Hasta que el pintor decidió que la luz había cambiado y dio por terminada la sesión. Yo me quedé plantado en la esquina viéndole recoger sus herramientas en

una perfecta organización: colocó el cuadro en un soporte plegable que adaptó perfectamente a la medida, dobló el caballete en el que acopló la caja del óleo y los pinceles y, plegando la banqueta, inició su retirada que yo contemplé en silencio. El caballete doblado y colgado a su espalda con unas bridas de lona, en una mano el porta cuadros y en la otra la banqueta, comenzó su marcha majestuosa. Al cruzarse conmigo me esbozó una sonrisa. Quedé petrificado. Él supo siempre que yo estaba allí; pero no me había reñido. Aquél era un hombre bueno.

Mi única referencia para juzgar su bondad eran los fontaneros que, por aquel entonces, había siempre por las calles arreglando tuberías, probablemente por los estragos que aquellos carros con ruedas de hierro hacían sobre los cantos del pavimento, y éstos, sobre las mal enterradas conducciones de plomo que llevaban el agua al grifo único del patio de cada casa, del que se surtían todos los vecinos. Aquellos fontaneros no me dejaban verles trabajar. Me echaban siempre con cajas destempladas. Así que la conducta del pintor me impactó: decidí que era un hombre bueno.

Tuve luego ocasión de comprobar muchas veces que estaba en lo cierto. La primera fue pasados algunos años, dos o tres, creo. Yo tenía, a la sazón, once, cuando don Mariano López Fando, profesor de Química de la Escuela de Artes y que había visto algunos dibujos míos, me llevó a la clase de Dibujo Artístico de la citada Escuela a que me admitieran de «oyente» ya que no tenía edad para matricularme. Y ¡oh maravilla!. Aquel aula me pareció un rincón del paraíso. Enormes estatuas de dos o tres metros flanqueaban los frentes de la clase; había además otras muchas estatuas de diversos tamaños, muchos bustos de personajes de la Roma clásica y un sinnúmero de bajorrelieves de escayola. Un gran número de alumnos, en silencio, dibujaba en grandes pliegos de papel sobre sus tableros. El

silencio y el espectáculo me sobrecogieron; aquello parecía un sueño. De pronto la maravilla se completó: ante mis ojos apareció el pintor que me había permitido verle trabajar aquel día en la esquina del Colegio de Doncellas. Don Mariano me presentó a él al tiempo de tenderle mi carpeta. El pintor, el hombre bueno, la ojeó y, tras cambiar unas palabras con mi mentor, don Mariano, me colocó ante un tablero entre los alumnos que él dirigía. Conocí su nombre entonces: se llamaba don Enrique Vera Sales, e iba a ser mi profesor durante muchos años.

A partir de ese momento comencé a descubrir cosas de don Enrique. No sólo era un buen hombre: era además un buen profesor y un gran artista. A su lado se formaron varias generaciones de artistas toledanos cuyos nombres omito ante el temor de olvidar alguno. De sus clases salieron muchos de los pintores, escultores y artesanos que hoy son maestros indiscutibles dentro y fuera de Toledo, varios de los cuales han impartido o imparten las disciplinas que de don Enrique recibieron, con lo que se formó hace ya tiempo la cadena para perpetuar sus enseñanzas.

Recuerdo con nostalgia, con la nostalgia con que se recuerdan hechos felices del pasado sabiendo que no volverán, aquellos viajes de fin de curso reservados sólo a los ganadores de los premios extraordinarios que cada año se concedían en las distintas asignaturas de aquella Escuela de Artes y Oficios. Formar parte de aquel privilegiado grupo suponía un verdadero honor. Y disfrutar de aquellos viajes, un verdadero deleite; pues, en ellos no sólo se nos enseñaba la ciudad que visitábamos y se nos explicaban sus monumentos por el profesor de Historia del Arte, el inolvidable don Guillermo Téllez; se nos enseñaba, además, a ver las cosas como debe verlas un artista.

En uno de aquellos viajes, en Cuenca, don Enrique nos enseñó

a captar los tonos violeta de los troncos de unos árboles cercanos a los riscos de la hoz en la orilla del río Huéscar durante una puesta de sol. Antes de sus explicaciones, ninguno de nosotros había descubierto aquel color que después todos veíamos con claridad. Desde aquel día he buscado siempre reflejos violeta en las cosas durante el crepúsculo, acordándome de mi profesor Enrique Vera.

En otra ocasión, en Granada, don Enrique había hecho coincidir el final de la visita con la subida a la Torre de la Vela. Ya era tarde, la luz crepuscular comenzaba a teñir las crestas de los alminares y las almenas de las murallas. A mí me pareció un privilegio que nos permitieran el paso cuando la tarde caía y estaban cerrando los monumentos. Pero con nosotros venía la profesora María Luisa García Pardo, ante quien se abrían todas las puertas gracias a sus compañeros de carrera granadinos. Fuimos subiendo a la torre y acomodándonos silenciosamente en el suelo de su copete. Contemplábamos arrobados los lentos cambios de luces y colores en el horizonte, cuando de la garganta de Carmencita Vera, que por entonces estudiaba Canto, comenzó a brotar una suave melodía deleitándonos con un fragmento de «Los Caprichos Andaluces», de Albéniz, y, rompiendo mágicamente aquel silencio, hizo temblar nuestros corazones ante aquel espectáculo audiovisual nunca disfrutado antes. Ni después.

Sospecho que don Enrique había hecho coincidir la Torre de la Vela, la puesta de sol y la magnífica voz de Carmencita. Porque aquel profesor no sólo nos enseñaba a dibujar y a pintar: nos enseñaba también a sentir y a emocionarnos.

Y es que Enrique Vera no era el profesor que, habiendo aprendido una cosa, la enseñaba mecánicamente. Enrique Vera había superado los conceptos mecánicos de la enseñanza del dibujo y la

pintura, desde que de niño lo aprendiera de su padre y viendo las obras de su abuelo, fallecido al poco tiempo de nacer él. Sabía el inolvidable profesor cuál era su labor formativa, y no se limitaba a corregir un trazo de carboncillo o una pincelada, no formaba sólo la mano del futuro artista: formaba también su espíritu en cuantas ocasiones tenía.

Las enseñanzas regladas que, siendo él director, se impartían en la Escuela de Artes y Oficios, formaban al artista y al artesano dotándole de los conocimientos básicos necesarios para su desarrollo: Historia del Arte, Composición Decorativa, Dibujo Artístico, Dibujo Lineal, Modelado, Pintura, Química... ¡Ay, aquella clase de Química, tan poco concurrida! Cuánta razón tenía don Enrique al recomendar su asistencia. Cómo sabía él la gran ayuda que supondrían aquellos conocimientos básicos a quienes decidieran coronar su vocación en las facultades de Bellas Artes.

No pueden faltar en esta semblanza algunos datos biográficos del pintor, del artista, del profesor, de aquel hombre bueno que fue don Enrique Vera Sales. Los expondremos brevemente.

Su abuelo y su padre habían venido a Toledo a pintar en el último tercio del siglo XIX. Procedían de la región valenciana, cuna de magníficos artistas consagrados, donde varias actividades organizadas permitían vivir de su arte a buenos pintores y escultores. Venían los Vera con un contrato para pintar las bóvedas del Alcázar. Primer trabajo en Toledo que se malogró casi en su totalidad al poco de ser pintado debido a uno de los numerosos e históricos incendios del Alcázar toledano. Después, otros encargos importantes irían fragando la estancia en Toledo de estos artistas: la decoración de la capilla de la Fábrica de Armas, la de la Sala Capitular baja del Ayuntamiento, del Café Español, del que fue comercio de los

Talavera, del Salón de Té de las Tendillas, y de alguna mansión señorial como la que luego fue de don Genaro Ruiz en la calle de Núñez de Arce, o la de don Teodoro Vaquero en la misma calle.

A esto había que añadir los encargos de caballete. De Pablo Vera, abuelo de Enrique, se conservan pocas obras de esta especie, sólo algunos buenos retratos impregnados del bello aire del romanticismo propio de aquella época gloriosa de nuestra pintura. Pero de José, padre del homenajeado hoy, hay magníficos ejemplares de caballete en colecciones particulares. Recuerdo algunos cuadros buenos de José Vera en la casa de don Alfonso López Fando, en la de don Pedro Pintado, en la de don Alfonso López-Gasco...; amén de las extraordinarias telas de la Fábrica de Armas, de entre las que quiero destacar «La visita del cardenal», tomada desde los jardines de la Fábrica con una vista al fondo de Toledo por la Puerta del Cambrón.

De Enrique Vera, de nuestro Enrique Vera, de mi querido profesor, abundan buenos cuadros por todo el mundo. Hasta hace poco tiempo se podían encontrar cuadros de Vera en el londinense mercado de arte «Portobello», procedentes de los que adquirieron los ingleses en la exposición permanente de sus cuadros en la toledana Venta de Aires, en sus visitas a nuestra ciudad; y también en el mercado de arte de Caracas, Venezuela. De sus obras más destacadas hay muestras en los muros de este Excelentísimo Ayuntamiento, y en la Excelentísima Diputación de Toledo, así como en la toledana Caja de Castilla La Mancha. Pero las mejores obras de Enrique Vera no están colgadas de las paredes: están sembradas en los corazones de los que tuvimos la suerte de ser sus discípulos. Muchos de ellos nos abandonaron ya para siempre, y de los que quedamos, hay un buen número en esta sala. No voy a mencionar a todos por razones obvias. Sólo a tres, con el permiso del resto, por destacar una repre-

sentación: Luis Rodríguez Porres, presidente de la «Tertulia Zocodover» y promotor de este merecido homenaje, al que desde aquí agradecemos sus condiscípulos los desvelos, el tesón y el cariño, puestos en el empeño hasta conseguirlo; Fernando Dorado, pintor que recogió la luz de sus paisajes, y al que yo considero su biógrafo oficial; y Jesús Aparicio, completo artesano dominador de la talla en madera y del cincelado, magnífico dibujante ya desde su época de alumno. Espero que otros condiscípulos presentes en este homenaje, sepan perdonarme la omisión de sus nombres en aras de la brevedad.

Pero no sólo quedó su obra sembrada en nuestros corazones. La hiper-actividad de Enrique Vera en el campo cultural toledano, quedó demostrada, además de en la Escuela de Artes con su dedicación de director y profesor, en su concejalía en este Ayuntamiento donde hizo una buena labor como artista, y en la Asociación de Artistas Toledanos «Estilo», de la que fue fundador y presidente

Había nacido Enrique Vera en Toledo en el año 1886, siendo el primogénito superviviente de una familia numerosísima de veintidós hijos, de los que sólo nueve lograron alcanzar la adolescencia. No resulta del todo un privilegio ser el primogénito de una familia numerosa; antes bien, le acarrea ciertas responsabilidades de compartir ayuda, cuando se puede, a la economía familiar. Por ello, pronto se convertiría el joven Enrique, gozosamente por su parte, en el ayudante de su padre en las tareas artísticas, iniciándose, pues, muy pronto en los secretos de la pintura. Formación artística que comparte con la escolar, tras haber realizado sus estudios primarios y secundarios en el Instituto de Toledo. Pero su vocación estaba clara: la pintura. Y no tarda en ir a Madrid para perfeccionar las enseñanzas de su padre al lado de Sorolla y de Sala, de los que llega a ser discípulo destacado. Y por fin, su ingreso en la Escuela

Superior de San Fernando, donde obtendría brillantes calificaciones y medallas en Dibujo y Paisaje en 1908 y 1909, respectivamente.

Luego, su servicio militar en tierras africanas participando en algunas batallas de las que salió indemne, servicio militar y batallas de las que se podría haber librado de haber dispuesto de aquellas famosas dos mil pesetas que salvaban de su servicio a los reservistas.

Con una bolsa de viaje que obtuvo en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912, inicia sus estudios en el extranjero prolongándolos por cinco años: Italia, Francia, Suiza, Alemania, Austria... En este último país, en Viena, permaneció tres años estudiando las técnicas de los esmaltes a fuego por cuenta de la Fábrica de Armas de Toledo; técnicas que después transmitiría al Taller de Artístico de dicha Fábrica. Mientras, pinta por donde quiera que va, vende cuanto hace, y depura su técnica. A su regreso definitivo a España, Enrique Vera es un artista internacional consagrado y reconocido como tal, según quedó patente con la favorable crítica que la prensa del momento hizo de su exposición en la Sala Iturriz de Madrid en 1915. Siguen las exposiciones por toda España, y siguen las críticas favorables y las alabanzas a un artista que trae entre sus pinceles los conocimientos pictóricos de aquella Europa de principios de siglo.

Había aprendido idiomas en estos cinco años viviendo en otros países, lo que le valdría después ser nombrado profesor de alemán en el Instituto de Enseñanza Media de Toledo. Enseñanza que simultaneó con su amor al arte y sus clases del Dibujo y la Pintura.

Y siguen sus éxitos y, como consecuencia, sus galardones y distinciones: 3.^a Medalla Nacional en la Exposición de Bellas Artes de

1922; Medalla de Oro del Ministerio del Ejército en la Exposición Nacional de 1945; Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio; Cruz de Plata del Mérito Militar con Distintivo Rojo; Académico Numerario de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, de la que fue también Secretario Perpetuo; Correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando; de la de las Letras y las Artes de Coimbra; de la de San Carlos de Valencia; Miembro de Honor de The American Society of Heraldry, así como del Instituto Genealógico de Cuba y de otras varias instituciones culturales.

Por muy breve que quiera ser en esta semblanza, no puedo pasar por alto sus intervenciones en el salvamento de obras de arte durante la nefasta contienda nacional del 36. Lo hizo en ambos bandos, puesto que en ambos bandos le tocó vivir. Encontrándose en el republicano, al principio de la guerra, intervino en el salvamento de varias obras de arte y, entre ellas, la del cuadro de El Greco «Retrato del Cardenal Tavera», al que recogió tirado en el suelo faltándole la cabeza del cardenal que había sido cortada. Disgustó mucho esta pérdida a Enrique Vera y se afaná en una búsqueda exhaustiva del trozo de lienzo que faltaba, hasta que por fortuna lo encontró entre unos papeles y documentos. Como estas recuperaciones no las hacía para sí, sino en beneficio del Patrimonio de Toledo, hacía entrega oficial de ellas y se depositaban en el museo de San Vicente, donde al final de la guerra fueron encontradas. Su buena voluntad y su amor al arte le costaron verse involucrado en denuncias y procesos junto a otros salvadores del patrimonio, con los que, al aclararse judicialmente el caso, no sólo recibió el reconocimiento de su inocencia absoluta sino también las felicitaciones oficiales a su labor, viéndose nombrados después por ello agentes de recuperación de las Regiones Devastadas, según publicaba por aquellas fechas el periódico The Times.

Y ya hemos llegado al comienzo de este relato: finales de la guerra; don Enrique profesor de la Escuela de Artes, enseñando a dibujar y a pintar a un nutrido grupo de jóvenes toledanos; paisajista enamorado de Toledo, cargado con su caballete y su banqueta mientras buscaba el rincón ideal; y pintando en una esquina del Colegio de Doncellas, agotando el tiempo de luz que él quería plasmar en su cuadro, mientras le observaba silenciosamente un niño con pantalones cortos y tirantes.